

En una sociedad marcada por el estrés y la fragmentación emocional, el cuidado de la infancia es un desafío ético y pedagógico ineludible. No basta con enseñar contenidos ni con asegurar acceso a jardines infantiles. La pregunta que debe guiarnos es otra: ¿cómo estamos acompañando a niños y niñas en sus primeros años de vida?

La neurociencia y la pedagogía coinciden: el respeto es la base de todo vínculo saludable. No es una moda ni un estilo, sino un principio fundado en cómo se construye la arquitectura emocional del ser humano. Los primeros seis años de vida son determinantes. Como señala el psicólogo Felipe Lecannelier, el sufrimiento emocional no contenido en esta etapa puede tener efectos devastadores.

Sin embargo, siguen presentes prácticas adultocéntricas como el castigo, la minimización de emociones o el aisla-

miento. Aunque bien intencionadas, vulneran la experiencia emocional de los niños y niñas. La evidencia es clara: la contención emocional, la observación sensible y la regulación compartida no solo previenen conflictos, sino que educan en ciudadanía emocional, empatía y respeto mutuo.

Según UNICEF (2021) y la Defensoría de la Niñez (2022), un 71 % de los niños y niñas en

**D** Chile ha recibido algún tipo de violencia por parte de sus cuidadores. El 62 % de los hogares impone disciplina violenta. Y esto,

pese a que el 95 % de las cuidadoras afirma no creer en el castigo como método educativo, un 29 % de escolares presenta síntomas de angustia emocional. En la Región del Biobío, un 44 % de los suicidios en adolescentes corresponde a jóvenes de entre 14 y 17 años.

La infancia necesita conexión, no corrección violenta.

# Cuidar con respeto: el llamado urgente de la infancia



**Ximena Espinosa González**  
Académica Facultad de Educación UCSC

Necesita adultos que acompañen, no que controlen; que mentalicen, no que etiqueten. Cuidar con respeto no es ceder autoridad, es ejercerla desde el vínculo, desde la sintonía emocional y desde el reconocimiento del otro. Por eso, urge formar educadores emocionalmente disponibles y construir políticas públicas que reconozcan el

valor del acompañamiento respetuoso, basado en evidencia y en derechos.

Educar es un acto de vínculo y de presencia. No podemos seguir educando desde la urgencia o la indiferencia. Es momento de volver a mirar, con respeto, a quienes harán los cambios que esta sociedad necesita: nuestros niños y niñas.